

Montevideo, 6 de julio de 1940.

Querida mamá:

Le escribimos hablándonos lo que queremos decirle: aquello que encuentra menos simpático es de Zulema; yo le dicto. Contra nuestra voluntad, no será una carta muy larga; le estaríamos escribiendo horas y horas. Por quererle escribir cartas largas, lo vamos dejando para otro día y el tiempo que no espera, pasa sin que le escribamos. Por esto, la pedimos perdón, seguros de antemano de obtenerlo.

Todos estuvimos muy disgustados porque usted se encontrara enferma. Así, su carta nos proporcionó mucha alegría. Anduvimos y andamos en planes para hacerle una visita. Miréya quiso ir en seguida a cuidarla; todas las hijas también. Vamos a ver si se resuelve pronto algo en ese sentido, que vayamos uno u otro a pasar una temporada con usted. No es fácil, pero tampoco es imposible. Probablemente se tarde todavía algún tiempo en poderlo hacer; pero no debemos perder las esperanzas. En nada perjudica que nos mantengamos en esa propósitos. Las ilusiones son buenas, si tienen una base; y en el caso, la tienen. Tienen bastante fundamento. Entonces no son ilusiones, dice Zulema. No son ilusiones, le replico yo. Si no resultase nuestro propósito, siempre ganaríamos algo: ya serviría escribiéndonos sobre ellos, para ponernos más cerca de usted y usted de nosotros; y saber que nos queremos mucho, aunque vivamos separados. Como le decimos, no somos pesimistas; y ya hemos comenzado gestiones. Quien vaya no tiene importancia, pues, sea uno u otro, todos estaremos con él. En espíritu todos estamos con usted y usted con nosotros. Tendremos que conformarnos con lo que pueda ser. Hemos empezado a hacer y seguiremos haciendo todos los esfuerzos posibles para que vayamos, uno u otro. Esperemos que Dios nos ayude. También nos preocupamos en que le lleguen nuevos recursos.

Siempre hablamos de usted. Todos tenemos algo que contar de su hermoso carácter. Y lo hacemos con tal viveza, que parece como si usted en persona estuviese con nosotros. También tienen sus conversaciones, hablando de usted Madrina y Juan Sebastián. Aunque todo un poco revuelto, Juan Sebastián sabe que la abuelita está en Rianjo y que Rianjo es de Galicia y Galicia, de España. También sabe que nació en Madrid. Tiene mucha voluntad. Parece ser que quiere dedicarse a las armas, pero todavía no sabe si a las de tierra, mar o aire (o alguna nueva que salga). Tiene cierta predilección por ser marino. En la familia los ha habido. Por ahora, se conforma con ser soldado. Así cumple el precepto de papá: no se puede sentar plaza de general, antes hay que ser soldado. Tiene un traje de marinero; también nosotros lo tuvimos. Se cuadra y saluda muy bien. Jugamos mucho con él. También hablamos con él de usted. Ahora le ha dado por ejercitarse en la fuerza; es muy trompeador. Al padre lo deja muchas veces vencido. Donmigo no puede. Es muy lindo. Muy airoso. Muy inteligente. Tiene muy buen carácter.

-Juan Sebastián, ¿qué quieres que le diga de tu parte a la abuelita?

--Que la quiero mucho. Y que yo soy marinero. ¿No viste que tengo traje de marinero? Y muchos besos.

Ha pasado lo de siempre: que el niño de la casa se lleva la conversación. Volviendo a usted, le pedimos que se cuide mucho; pero sin preocuparse, pues preocuparse es ya una enfermedad, y de la peor especie. Nos vuelve neurasténicos; malos. Y esté contenta. No conviene hacer excesos en nada. Como somos muy fuertes, tenemos que tener cuidado; que los años van dejando su rastro, queramos o no. Yo estoy hoy en cama; con un tremendo forúnculo debajo del brazo izquierdo. Dice Eduardo que a usted le han salido amenudo. Ya que no puedo parecerme a usted en lo bueno, me parezco en eso. Algo es algo. Estoy en un tratamiento de inyecciones, a fin de que no se repitan, y cuando me las dan me dan fiebre. Me dan dos por semana. No sé el tiempo que durará el tratamiento. Me lo hace un gran médico. Hace años ya me hizo un tratamiento semejante, a causa de lo mismo. Hay quienes afirman que es muy bueno para la salud que salgan forúnculos. Yo creo que se trata

de person
cia prop
muy b
No

de personas optimistas, pues son dolorosísimos, como usted sabrá por experiencia propia. Sin embargo, quien sabe no tengan razón los que afirman que es muy bueno para la salud que nos salgan forúnculos. Decía papá: todo sirve. No sé si en esto también lo diría.

En general, querida mamá, yo creo que el mejor remedio (para todas las enfermedades) es una alimentación adecuada. Se recordará que papá nos decía siempre que eso era lo principal, y nos decía, también que a él nunca le hacía daño nada. Y que podía tomar de todo; entonces ya tenía edad. Un día me decía esto, poniéndome un ejemplo. Estaba tomando café, y la cantidad era tan mínima que en realidad era imposible que le hiciese daño. Esto se parece a aquello de que nunca perdía un tren: "Yo nunca pierdo un tren". Era verdad, pero iba a la estación con una anticipación pasmosa. Tenemos que tomar su ejemplo; en el fondo es una verdad indiscutible; cuidar de la alimentación y de su cantidad es cuidar de la salud y de los años de vida. Como nos parecemos tanto a usted, me parece que no estará demás que recordemos el consejo de papá. Yo por experiencia propia he aprendido que la alimentación es una parte grandísima de la salud. Y mis cuentas me dan que mueren más gentes por indigestiones que por poca alimentación. Hace ya muchos años yo creí que sufría del corazón. Y me encontraba muy romántico; resultó que lo que pasaba era que el estómago me presionaba el corazón. Entonces yo no andaba muy bien del estómago ni de la alimentación, por poco cuidada. Una cosa que tenemos que creer los que por naturaleza somos fuertes (antes que nos enfermemos) es que hay enfermedades. Para mí en aquella época, estar enfermo del corazón era un juego. Y las personas de buena salud, aún enfermas, creen siempre que no es nada. Tiene que cuidarse, querida mamá. Preocuparse, no; pero cuidarse, sí. Yo me cuido bastante, a pesar de que me cuesta trabajo creer que estoy enfermo.

Lo que me pasa con las enfermedades, también me pasa con la muerte. No creo en la muerte; esto, con más razón, porque no se muere definitivamente. A fuerza de ver que se muere la gente, me convengo de que también yo he de morir pero yo no siento que he de morir. Y después del descubrimiento suyo, menos; me mantendré todo lo malo que pueda, pues por ahora no quiero morir. Y si uno no lo quiere, no muere. Toda persona que tiene algo porque vivir (y todos tenemos por que vivir), tarda mucho en morir. Ahora que tampoco se muere, pues ir a Dios no es morir.

Tendríamos todavía muchas cosas de que hablarle. Le hablaremos brevemente de los otros nietos. Ariel se está preparando para un concurso a una cátedra de geografía. Estamos seguros de que saldrá bien. Chiquitin y Saúl están en Artigas, pasando las vacaciones. También son muy estudiosos; Eladio y Elisa estarán que no le llegan los días y las noches con dos hijos con ellos.

No hemos atinado hasta hace poco (y no quisimos cambiar el orden en que íbamos escribiéndole) hablarle de los queridos regalos que nos mandó: el anillo para mí y la esclava para Zulema. Excusamos decirle cuanto nos tocó el corazón. Reciba usted muchos abrazos y muchos besos. Y muchísimas gracias.

Todos estamos bien, sacando lo mío que le digo, y nos mantenemos siempre muy unidos, así como queriéndonos mucho. No nos olvide (a ninguno ni a ninguna, claro) en sus oraciones. Reciba un fuerte abrazo de Zulema y también otro mío muy juntos. Y hágase cuenta de que todos la abrazamos, queriéndola como siempre muchísimos. Sus hijos.

P.D. Recuerdos muy especiales para mi querido e ilustre amigo Arcos Mildes y también para los demás amigos. No los olvido.

